CERTAMEN MARCANDO EL RUMBO

Segunda Edición – 2012

Por: Marcos Ignacio Padilla Trujillo

 Soy Marcos Ignacio y este es mi relato de experiencia en la comunidad. Todo comenzó con una crisis económica en mi hogar y era Navidad. Mi mamá enfermó, surgieron gastos médicos y la incapacitaron. Ya no trabajaba y eso tuvo un fuerte impacto en la economía del hogar. Al comenzar la Navidad, nos reunimos. Somos una familia de seis personas y mami nos dijo que esas Navidades serían diferentes pues tendríamos que considerar los regalos que pedíamos; y que Santa y los Reyes tendrían que evaluar lo que traerían. Demás está decir que nos quejamos. Mis hermanos y yo nos miramos y murmuramos entre nosotros. Mi hermanito menor no entendía lo que pasaba y dijo que él tenía muchas cosas marcadas en el “shopper” de juguetes y había enviado su carta. Mami le explicó que Santa y los Reyes hablarían con ella, pero que él tenía que pensar en los demás niños; nosotros los mayores, escuchamos en silencio.

 Ese fin de semana fuimos a la iglesia y, para mi sorpresa, mi mamá pasó al frente e informó a la congregación que había contactado un hogar de niños maltratados en Adjuntas y que quería llevarles la Navidad a esos chicos. Explicó que recogeríamos alimentos, juguetes y ropa para llegar a ese hogar en una actividad que sería en enero. El Pastor de la iglesia preguntó que cómo surgió la idea y mi mamá explicó que nuestra familia estaba pasando tiempos difíciles y que un día nosotros peleamos pues no había dinero para darnos para la semana en la escuela. Mi mamá dijo que ese día ella sintió que tenía que encontrar una forma de mostrarnos que, a pesar de la crisis, nosotros estábamos siendo bendecidos con muchísimas cosas que otros niños carecían. Y de ahí surgió la idea.

 Originalmente, pusimos una caja mediana para que se fueran depositando los artículos que íbamos a llevar. Pensábamos que como eran tiempos difíciles, no conseguiríamos muchos artículos. Semana tras semana llegaban muchísimas cosas y fue increíble ver como todos, aun los que económicamente no podrían aportar (como nos estaba pasando a nosotros), conseguían muchas cositas, donaciones y lograron llenar nuestra caja y muchas bolsas gigantescas.

 Yo le hice muchas preguntas a mi mamá, pues me cuestionaba el porqué escogió un lugar tan lejos, en Adjuntas. Ella me explicó que los hogares del área metropolitana recibían aportaciones pues es más fácil llegar a ellos, pero ella quería que el esfuerzo fuera genuino y que nosotros viéramos en la necesidad real de otros chicos y el sacrificio de llegar a ellos.

 Recogimos más de lo planeado y exhortamos a todos los que pudieran acompañarnos que fueran con nosotros. Fuimos en caravana y llevamos muchas cosas, alimentos, juguetes, ropa y música. Cuando llegamos al lugar los niños estaban muy tímidos y retraídos. Era un hogar de niños maltratados y no tenían Navidad pues el hogar cierra durante la temporada Navideña y los chicos son repartidos en diferentes hogares sustitutos donde no conocen a las familias y regresan al hogar luego del receso.

 A cada chico de la iglesia se le asignó un niño del hogar para que se le entregara un regalo. Fue muy emotivo. Jugamos, cantamos y los chicos se abrieron a compartir con nosotros. A mí me tocó un chico llamado Jeremy. A veces él se alejaba y se iba a una esquina. Tuve que buscarlo muchas veces y acercarme a jugar y animarlo a compartir. Vimos su cuarto y conocimos todas sus áreas en el hogar. Se nos explicó todas las necesidades que tenían y cómo operaba el hogar. Conocimos a todo el personal que atendía el programa.

 En algún momento le pregunté a mi mamá si lo podíamos adoptar. Ella me explicó que los niños en ese hogar no están allí para ese proceso. Solo permanecen allí hasta que se decida su futuro familiar. Puede que el tiempo sea corto o largo, dependiendo del tipo de maltrato en su hogar y las complicaciones legales.

 Jeremy era bueno. La pasamos muy bien y cuando llegó el momento de irnos, en realidad no me quería ir. Quería compartir más tiempo con Jeremy. Nunca llegué a saber su historia, pero como sabía que era triste en realidad no quería saber nada. Me preguntaba, pero me dolía imaginar qué podría haber pasado en su hogar.

 Cuando veníamos de regreso, conversamos en el camino sobre nuestros sentimientos y lo divertido y especial que se sintió dar a otros un poco de lo que a nosotros nos sobra. Mi mamá nos explicó que debíamos entender cuán bendecidos somos de tener todo lo que tenemos en nuestra vida. Que podrán venir tiempos duros, pero siempre tenemos a nuestra familia para apoyarnos unos a otros. La experiencia de ir al hogar de niños maltratador me impactó mucho y me hizo comprender cuán agradecido debo ser de recibir y tener todo lo que mi familia logra para nosotros.

 Entendí que no tenemos que ir a otro país para ayudar a otras personas necesitadas. Están más cerca de lo que nos imaginamos y podemos aportar con poco y lograr mucho. No me arrepiento de haber asistido pues sé que aprendí mucho. Entiendo a mis padres mejor y estoy seguro de que yo, al igual que todo el grupo, impactamos a los chicos del centro, dándoles obsequios, cariños, pero sobre todo, tiempo.